

Un contraste hermoso y salvífico

Pastor: Oscar Arocha

Junio 1, 2014

[Iglesia Bautista de la Gracia](#)

Santiago, República Dominicana

“Cuando llegaron al lugar llamado “La Calavera”, crucificaron allí a Jesús y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda.” - (Lucas 23:33)

Al leer este verso se ven tres asuntos: El sitio: “Al lugar llamado “La Calavera;” fue una zona fuera de la ciudad con huesos humanos secos o con cadáveres de hace mucho tiempo. Luego, los acompañantes: “Los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda,” como para que todo el pueblo supiera como le veían los gobernantes de Israel. Un hombre indigno y despreciable. En esto se evidencia el odio de sus atormentadores, consideraban adecuado hacerlo morir con dos bandidos: “Llevaban también a otros dos, que eran malhechores, para ser muertos con él” (v32). Nótese el “también”, o que además de todos los palos y maltratos pensaron apropiado meterlo en el saco que, según ellos, le correspondía, un malhechor como esos dos. El acto: “Le crucificaron”. Le ejecutaron, y no cualquier ejecución, sino que fue clavado en un madero. Su muerte fue vergonzosa y dolorosa.

El sermón será así: **Uno**, La ingratitud natural del hombre. **Dos**, El incuestionable amor del Señor Jesús.

I. LA INGRATITUD NATURAL DEL SER HUMANO

Para los judíos la lepra era una de las mayores expresiones del disgusto divino sobre una persona, y Jesús hubo de ser tenido como un leproso; como si todas Sus calamidades vinieron por el justo juicio de Dios contra El, lo cual llenaba un doble propósito, el cumplimiento de la profecía y la manifestación de la tirria de los judíos contra El. Estaba profetizado que habría de sufrir mucho: “Azotado, por herido de Dios y afligido” (Isaías 53:4). Es cierto que fue herido por Dios, pero no en el sentido como lo consideraron, un malhechor. El asunto de la censura fue correcto, pero la forma en que lo aplicaron incorrecto. Y lo más triste en detrimento del hombre, es que ninguno pudo verlo siendo herido por el Padre en el lugar de nosotros. Esta visión en esencia hoy sigue igual, porque la tendencia natural es, que los hombres todavía ven a Cristo como uno cualquiera. Para muchos es conocido, y poco estimado, y así estaba profetizado, el profeta se pregunta: “¿Quién ha creído a nuestro mensaje?” (Isaías 53:1).

Los gobernantes de Jerusalén trataron con más honra a Juan el Bautista que a El, aún cuando Juan nunca hizo milagros, ni enseñó con la autoridad que Jesús; para

preguntarle no le enviaron una delegación distinguida como a Juan, sino que simplemente le preguntaron si era el Mesías. Juan fue hijo de sacerdotes, una familia distinguida en Israel, Jesús hijo de un carpintero. No sólo prefirieron a Juan antes que a El, lo que es peor, a un maleante: “**Toda la multitud dio voces a una, diciendo: ¡Fuera con éste! ¡Suéltanos a Barrabás!**” (v18); cualquiera antes que a Jesús. Como se puede ver tuvieron muy poca estima de Cristo, si es que tuvieron alguna, lo cual fue una gran agravación de su culpa. El peor de los hombres fue más digno que Cristo a los ojos de sus contemporáneos. Aún en sus pensamientos y en sus palabras fue menospreciado a grados muy bajos: “**Llevaban también a otros dos, que eran malhechores, para ser muertos con él**” (v32). Su condición fue la más miserable que ha habido. Aun cuando la causa de Sus agonías y sufrimientos fue por nuestros pecados, por los judíos y por nosotros.

Al oír estas palabras uno piensa en la ingratitud del prójimo hacia Cristo, pero seamos honestos con nosotros mismos, y confesemos que en no pocas ocasiones ponemos Sus palabras tan despreciable como la vieron ellos, la echamos a las espaldas o no le hacemos caso. Somos muy ingratos con Jesús, nuestra estima por El y por Su obra es muy baja. No es extraño que nuestros prejuicios sean los que tengan la voz cantante de nuestros juicios y consideraciones, por lo que no debe sorprender que tan a menudo estemos equivocados. Aún cuando se presentó y aún hoy día se presenta claramente a todo el pueblo, pocos quieren creer en El, y otros tantos son muy lentos para servirle, cuando la gratitud debiera llenar nuestros corazones siempre para amarle en todo y en todo tiempo.

Esa es la ingratitud natural del hombre, y siendo contra el Creador debe hacernos sentir más avergonzados.

II. EL INCUESTIONABLE AMOR DE CRISTO

La Biblia pone un énfasis especial y se entusiasma en proclamarlo, que Cristo cargó la culpa de nuestros pecados o que llevó el castigo por nuestras faltas. El sacrificio levítico tenía doble función, llevar las iniquidades y quitar la culpa. Sufrió en nuestro lugar, es propio y justo que cada uno de nosotros sea tenido como un malhechor a la hora de la muerte, por cuanto hemos robado la gloria de Dios y usado Sus bienes para el deleite carnal, o gastarlos con los enemigos del evangelio. Aun esta enorme desproporción, la vergüenza mía y tuya fue puesta sobre Cristo siendo El sin pecado.

El sacrificio del Señor Jesús reunía los dos corderos, el sacrificado y el dejado escapar (**Levítico 16:16-22**). Murió como cordero inmolado y resucitó como el escapado; los dolores de la muerte no pudieron retenerle. Jesús murió por nosotros y alejó de nosotros nuestras maldades, y varios son los textos que anuncian esta verdad con especial deleite: “**El mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz, a fin de que muramos al pecado y vivamos a la justicia, porque por sus heridas fuisteis sanados... Así también Cristo, habiendo sido ofrecido una vez para llevar los pecados de**

muchos... He ahí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (1 Pedro 2:24; Hebreo 9:28; Juan 1:29). Llevó nuestros pecados o que mediante la fe le entregamos nuestras transgresiones y rebeliones para que nos vista con Su justicia. Bendito intercambio: “Al que no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que fuéramos hechos justicia de Dios en Él” (2 Corintios 5:21); esto es, que mediante este canje Dios Padre nos ha dado la pureza, bondad, sabiduría y santidad de Jesucristo. ¡Qué buen negocio: Entregarle mis harapos sucios a cambio de Lino blanco y resplandeciente. Todo lo malo, feo, vergonzoso y despreciable en el pecador lo toma Cristo para Sí mismo y morir por ellas. El es pecado en nosotros, y nosotros justicia en Él.

Entiéndase por justicia el conjunto de cualidades que hace a una persona justa y buena. Y en el Pacto de la Gracia todos los intercambios son así: *“El Creyente sale ganando y Cristo muriendo. El Hijo de Dios fue hecho el Hijo del hombre, para que los hombres puedan venir a ser los hijos de Dios.”* O que El toma nuestras miserias y por la fe tomamos Su gloria. Nacido de mujer para que seamos hijos de Dios. El sacrificio de Cristo no sólo es infinitamente valioso, y además muy hermoso; porque hay enfermedades contagiosas y cuando el enfermo ha contagiado a otros él mismo no se sana. En el sacrificio de Cristo es maravilloso, como Dios en Su misericordia ha hecho que nuestro pecado lo contagie para curarnos; fue contagiado para librarnos de la culpa, del dominio y del castigo por el pecado. Ahora el pecado no reina en los que son de Cristo, y por Su Gracia van creciendo en vida nueva para lo gloria de Dios y el bien eterno. El alma es sanada: *“El mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz, a fin de que muramos al pecado y vivamos a la justicia, porque por sus heridas fuisteis sanados”* (1 Pedro 2:24). Como alguien dijo: *“Cuando la enfermedad se acerca, la salud se aleja y el cuerpo muere, pierde la vida. Cuando el pecado está presente, Dios se aleja y el alma se condena. Pero si el pecado es quitado, Dios que es fuente de vida se acerca y el hombre se salva, vive”*.

Hoy vimos: Nuestra apatía espiritual, en contraste con el amor de Cristo. En dos puntos: Uno, La ingratitud natural del hombre. Dos, El incuestionable amor del Señor Jesús.

APLICACIÓN

1. **Hermano amado: Esfuérate en alcanzar la certeza de tu entendimiento, de tal modo que seas capaz de consolarte a ti mismo.** Como un ejercicio beneficioso para tu alma acostúmbrate a decirte a ti mismo: Cristo murió por mis pecados. Al mismo tiempo cuida que tu práctica no hagas a Dios mentiroso: *“El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, ha hecho a Dios mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado respecto a su Hijo”* (1 Juan 5:10). He aquí el testimonio del Espíritu: *“Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores”*. Muchos no se atreven a decir con franqueza que Cristo compró su salvación, y toman la declaración con cierto sentido

de humildad, pero debo decirte que la verdadera humildad comienza con un claro sentido de lo que somos, ¿y qué somos? pecadores, y si eres pecador consciente, podrás decir junto al apóstol con verdadera humildad: “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, entre los cuales yo soy el primero” (1 Timoteo 1:15).

Dirá alguien: Quizás yo no he sido perdonado y sería muy presumido decir que Cristo murió por mí. Respuesta: Si Dios no te ha excluido, no te excluyas tú. Mira como está escrito: “Dios quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al pleno conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:4). Aunque todo impío no puede decir que sus pecados han sido perdonados, no obstante Dios le ha mandado venir a Cristo para perdonarlo: “El ha mandado a todos los hombres, en todo lugar que se arrepientan” (Hechos 17:31). A los cuatro vientos lo proclamamos: “Ciertamente El llevó nuestras enfermedades, y cargó con nuestros dolores; con todo, nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y afligido. Mas El fue herido por nuestras transgresiones, molido por nuestras iniquidades. El castigo, por nuestra paz, cayó sobre El, y por sus heridas hemos sido sanados” (Isaías 53:4-6).

2. Hermano amado: Es parte de tu vida como Cristiano sufrir injustamente. Tú eres un pámpano de la viña del Señor, no olvides que el árbol verde fue despreciado en su nacimiento, vida y muerte; o que no debiera ser extraño que en un dado momento tú seas despreciado por quienes tú te esfuerzas en ayudar o beneficiar con tu amor, tu dinero y tus bienes: “Para este propósito habéis sido llamados, pues también Cristo sufrió por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas,” (1 Pedro 2:21).

AMÉN